



La novia francesa de Ho Chi Minh

Óscar Sipán

LA INFLUENCIA DE NORA EN LOS JARDINES

«Somos nuestros secretos y, en el mejor de los casos, nos los llevamos adonde nadie puede alcanzarlos».

CEES NOOTEBOOM

«Solo cuando estamos dispuestos a correr riesgos estamos realmente vivos».

SLAVOJ ŽIŽEK

En mi mapamundi sentimental, Nora será siempre el continente más grande y misterioso. Miro la foto que nos hizo Curbelo: Nora sonríe a cámara, la cabellera negra atrapada en un pañuelo, la mano derecha sobre la falda, en el nacimiento de los muslos, las tijeras de podar en la mano izquierda, los ojos centelleantes, y yo, un niño grande embutido en unos pantalones de pana negra, la contemplo de refilón, aturdido, como un pintor de bodegones que descubriese el pecho femenino. Recuerdo que escuchamos el griterío del cielo y luego vimos pasar un ejército de grullas. Curbelo fue capaz de captar la emoción del momento y la belleza de Nora, la orquídea única que crece entre las zarzas.

A Emilio Vallejo todos le decían Curbelo. En el primer año de la guerra, perdió a toda su familia. Nunca supe si Curbelo acudió al hospicio por caridad o remordimiento. Buscaba un ayudante y se llevó algo parecido a un hijo. Sentados en camas infestadas de chinches, esquilados como ovejas desnutridas, esperábamos a que nos eligieran. Éramos los hijos de los vencidos, seres pálidos, espantadizos, carne de seminario o de presidio, que defendíamos a dentelladas las rebanadas de pan negro de centeno y el arroz agusanado. Queríamos salir de allí a toda costa. Queríamos dejar atrás el miedo, el eco de los chillidos en mitad de la noche, las salas heladas de techos altos, los desfiles frente a la bandera en el patio de ladrillo y aquellos curas que te hablaban de la virtud y la patria mientras trataban de ungir los dedos en nuestros calzones. Obligados por las circunstancias, nos habíamos saltado la niñez. Los huérfanos solo pensábamos en

comida. El pabellón de los enfermos era un biombo en nuestra sala que nos protegía de virus y bacilos, un muro que separaba a los vivos de los muertos. Colocaban las camas junto a los ventanales para que, llegada su hora, en ese último estertor, pudiesen marcharse con un paisaje en la retina: árboles azulados por el invierno y un horizonte de campos yermos y rastros. Al amanecer, los encontrábamos rígidos como pájaros en una ventisca, congelados en un suspiro. Dicen que el dolor es la moneda del cielo. Dicen que Dios no vive en cuerpos sanos. Pero nadie debería morir solo, separado del resto.

Supongo que a Curbelo le dio lástima mi metabolismo escuchimizado, casi transparente, mis ojos grandes, llenos de asombro, mis rodillas despellejadas, mis omóplatos marcados por el hambre y ese rictus de seriedad petrificada. Descubrió en la pared un dibujo a carboncillo, lo examinó con detenimiento y me preguntó si era mío. Asentí y me pasó la mano por la cabeza rapada. «¿Cómo te llamas, muchacho?» «Daniel, para servirte, pero todos me dicen Sacromonte». Rio a dos carrillos y me dijo: «Tú comprendes la luz, Sacromonte. Recoge tus cosas, te vienes conmigo». Y yo, que aspiraba como mucho a trabajar en una carbonería, me convertí en ayudante de fotógrafo. Y no de un fotógrafo cualquiera: Curbelo era un profesional tan disciplinado que, con solo proponérselo, hubiese sido capaz de fotografiar las horas.

Antes de dejarnos salir, le hicieron firmar unos papeles y donar un buen dinero a la institución, además de prometer que velaría por mi moralidad y me educaría en los valores del Régimen. Al despedirme, percibí en los ojos de mis compañeros la envidia y la alegría, esa ternura extraña que crece en los lugares horribles, noté la angustia que emanaba de aquellos pasillos de paredes encaladas, y supe que Curbelo me había salvado la vida.

Tenía todo lo que podía aspirar un huérfano: una habitación en una casa estrecha, soleada, de dos plantas, con un pequeño corral, una cama, un colchón, un armario ropero con un espejo biselado, una mesa y una silla de anea;

aquella primera noche me dormí tranquilo por primera vez en mucho tiempo. Pero al despertar, con los primeros rayos del sol filtrándose por las contraventanas, sentí una fuerte opresión en el pecho: ¿Y si todo había sido un sueño? ¿Y si la fiebre me había jugado una mala pasada y ahora me encontraba al otro lado del biombo, en tránsito hacia la muerte? El viento del norte se colaba por el tiro de la chimenea y siseaba como una culebra enfurecida. Asustado, me tapé con las sábanas y me puse a llorar. Curbelo vino de inmediato, se sentó en el regazo de la cama y tarareó una canción hasta que me calmé. Más tarde, frente a un tazón de leche de vaca, pan abundante y una onza de chocolate, comprendí el verdadero significado de la felicidad: el hambre te distrae de vivir.

Nos tuvimos que acostumbrar el uno al otro. Curbelo se afeitaba a navaja y, al echarse loción, bufaba como un gato acorralado. Siempre se resfriaba cuando se cortaba el pelo, ese pelo cano que trataba de domar con brillantina y que nacía en galaxias diferentes, en remolinos sin orden y sin Dios. Llevaba una gabardina salteada de caspa y arrasaba los pies al caminar, como si su sombra, esa sombra deshinchada y joven, cargase con sus propias cámaras y trípodes. Se había formado en el Liceo Francés, donde desarrolló la vocación de fotógrafo. A los diecinueve años, en contra de la voluntad de su padre, abrió el estudio en una calle cercana al río. Poco a poco, se granjeó una fama de gran retratista y, de las bodas, bautizos y comuniones de la gente pudiente, pasó a las sesiones con modelos y aspirantes a actrices, a los latifundistas, a los industriales. El escaparate de su estudio se convirtió en un ritual, en una parada obligada en el paseo de los domingos.